

En busca de Oribe

Oribe fue por cierto personaje relevante durante más de tres décadas en la historia del país, personaje discutible, alabado y denostado a la par, no sólo por ser el fundador hace siglo y medio del partido llamado desde entonces "de los blancos", sino por ostentar virtudes y defectos de poca clara determinación a través de peripecias que lo condujeron a menudo a resoluciones extremas. Baste recordar que cuatro veces debió abandonar nuestro país, en 1817, 1823, 1838 y 1851, siempre en calidad de derrotado, aunque no siempre de vencido, jalonando de ese modo una vida comprometida en trances cruciales de nuestra vida nacional.

Diez años después de la primera edición, reaparece este trabajo(*) sin modificación alguna, salvo la del subtítulo, antes "El drama del Estado oriental", ahora "El Uruguay en la lucha de los imperios", insertando ahora así abiertamente nuestro país en el escenario mundial.

Si bien el personaje es el motivo central del estudio, la principal preocupación del autor es con toda evidencia la historia del país, la que expone con la debida atención, con la brevedad, es cierto, a que se ve obligado, pero con muy claro discernimiento de los factores determinantes y de su consiguiente exteriorización en situaciones y sucesos. Oribe, en consecuencia, aparece más bien como una referencia auxiliar. Y no porque el autor escatime esfuerzos tratando de revelar sus rasgos personales y sus resoluciones más características, sino porque el personaje

estudiado carece de una consistencia singular capaz de dar razón de cuanto hace o deja de hacer.

Si puede decirse que Lavalleja representa "la garra charrúa" y Rivera "la viveza criolla", a Oribe le cae bastante bien "la autoridad y el orden", no costándole nada consignarlo así al autor. Pero no todo Oribe cabe en tal propuesta.

De Torres Wilson no deja de puntualizar sus clásicos arrebatos, pero al saltarse hechos reveladores como la masacre de franceses que ordenara en Mercedes, y después en Paysandú (desobedecido allí por Antonio Díaz) así como tantos otros, deja de caracterizar una psicología, moral inclusive, que abarcaba mucho más que aquellos arrebatos. Su sentido del orden, de la disciplina integral, es el costado más visible de una conformación psicológica, contención por un lado, desborde por el otro, que en el fondo trasuntaba una tremenda sobrestimación del yo. Sus virtudes, que las tuvo y en muy alto grado, no pueden justipreciarse sino sobre tal trasfondo. Si bien el autor, con muy seguro criterio, no deforma nunca la realidad con sus apreciaciones, resulta precaria la opción que termina adoptando, no deteniéndose mayormente en el dicitario de "degollador" que se le aplicara a Oribe a raíz de sus actuaciones militares de 1838 a 1841 al frente de los ejércitos rosistas. No parece adecuado expediente hacer del mal una necesidad, cuando no derechamente una virtud, desde que tales hechos corres-

ponden a propensiones fundamentales del personaje. Su resolución de sostener el orden y la autoridad como razones de por sí valiosas y necesarias, no atendían sino al orden y a la autoridad que a él beneficiaban, pero el autor opta por una interpretación en donde el mal y el bien entrecruzan sus razones y de ese modo se relativizan, cuando la necesidad de una "mano fuerte" emerge de una razón adscripta a meras conveniencias personales. Excusa servicial, si no buena, es la de que los sentimientos de Oribe estaban envueltos en "rígida caparazón", como si se tratara de una tortuga y no de un ser humano. Se aduce, y en parte es verdad, que escasean los documentos y testimonios en cantidad y calidad suficiente. Pero en medio de circunstancias tan radicales e incidencias tan contradictorias, Oribe aparece aquí como una imponderable hipótesis. Elementos, sin embargo, no faltan en un libro confeccionado con indiscutible lucidez, al punto que si nos atrevemos a decir lo que creemos que le falta, es simplemente como complemento factible de todo en cuanto abunda. Y escrito, corresponde agregar, con claridad ejemplar, en un estilo en donde no falta ni sobra una palabra, fiel conceptual y textualmente a lo mucho y bien que sabe el autor sobre el desarrollo de los acontecimientos.

Washington Lockhart

(*) **ORIBE**, de José de Torres Wilson, Ediciones de La Planta, Montevideo, 1986.